

SHARPE Y SU PEOR ENEMIGO

BERNARD CORNWELL

SHARPE Y SU PEOR ENEMIGO

Richard Sharpe y la defensa de Portugal
Navidad de 1812

Traducción de Carmen Soler Rodríguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Enemy*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: septiembre de 2023

© Bernard Cornwell, 1984
© de la traducción: Carmen Soler Rodríguez, 1999
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6432-3

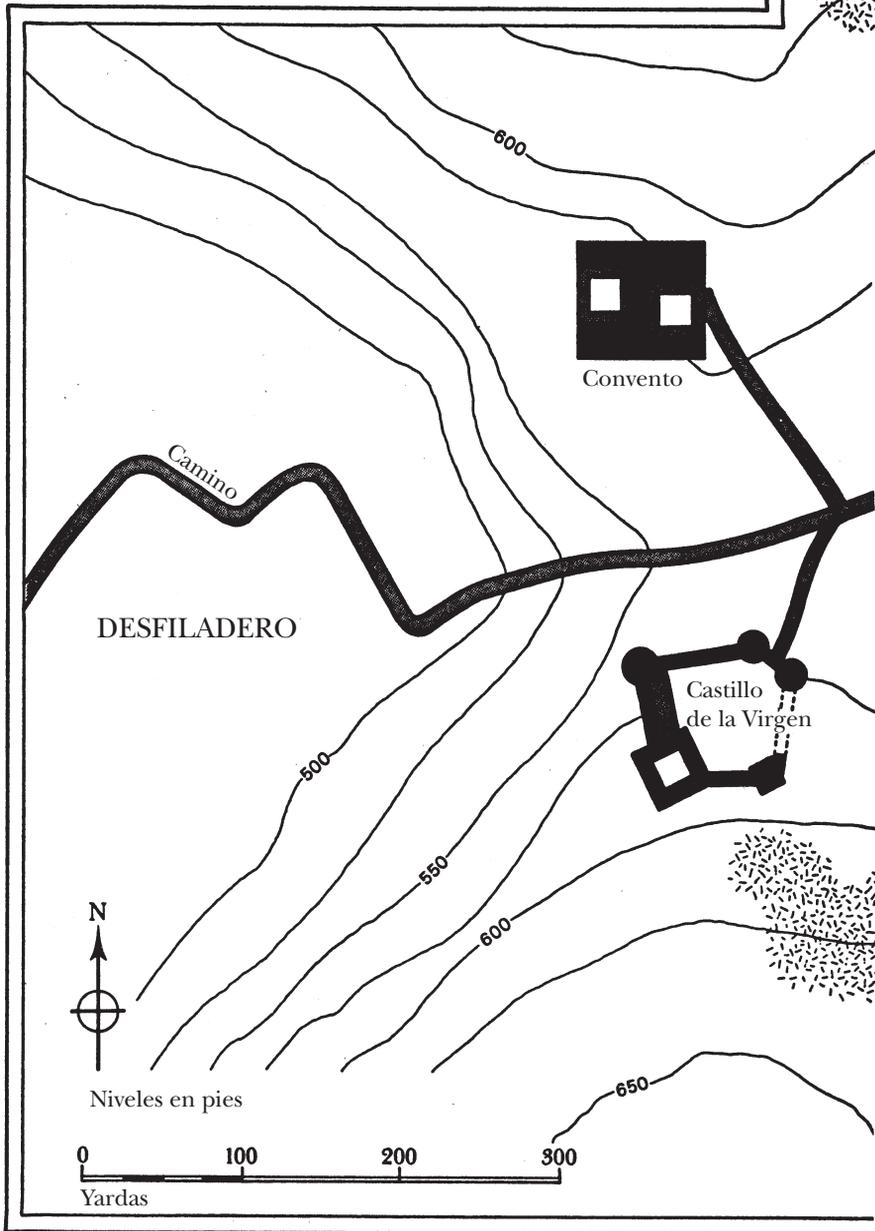
Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

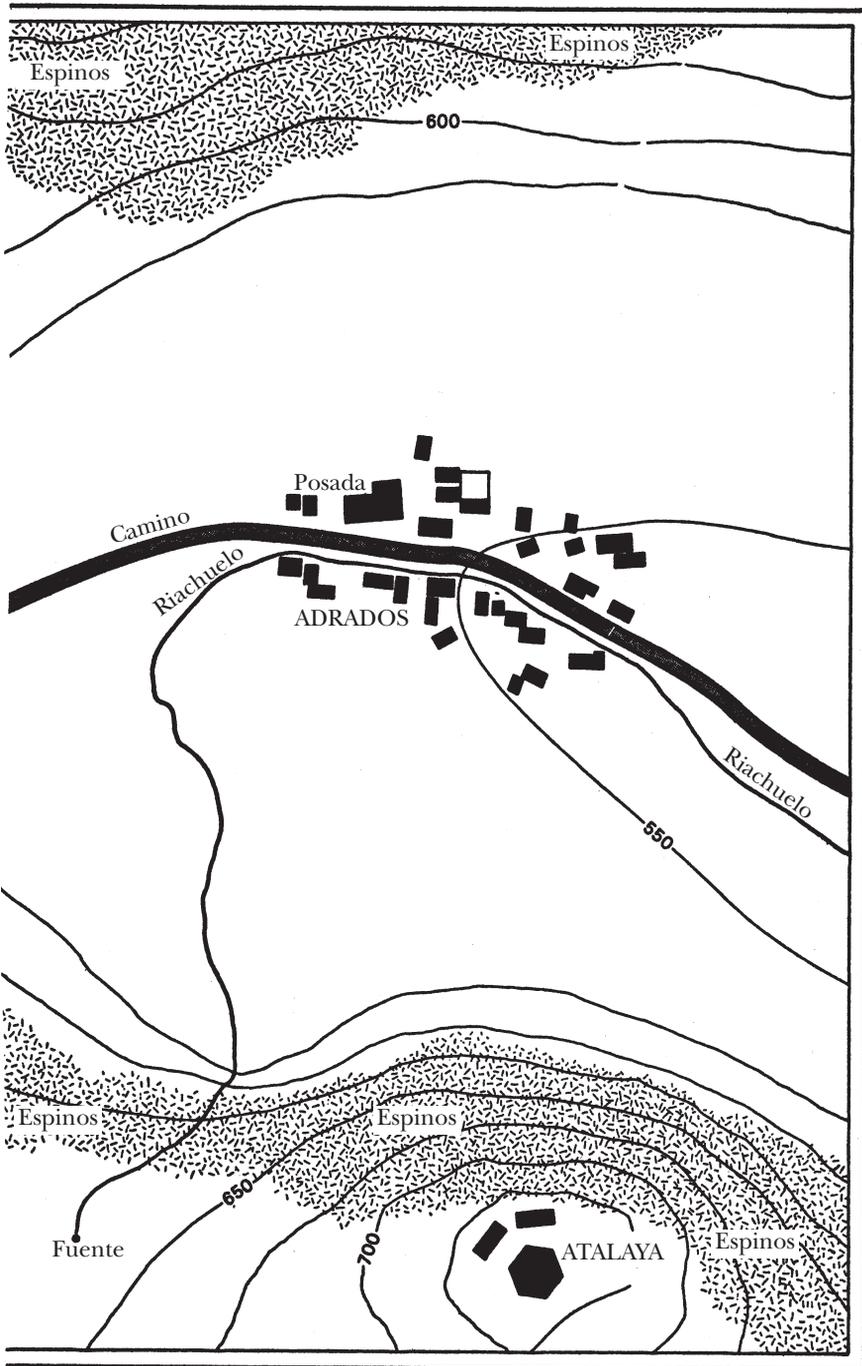
Depósito legal: B 1455-2023

Impreso en España

Para mi hija, con cariño

LA ENTRADA DE DIOS





PRÓLOGO

El 8 de diciembre de 1812, los soldados ingleses llegaron por primera vez a Adrados.

El pueblo se había mantenido al margen de la guerra. Estaba situado en esa parte de España que se halla al este de la frontera norte con Portugal y, a pesar de estar en zona fronteriza, eran pocos los soldados que habían atravesado su única calle.

Los franceses habían estado una vez hacía tres años, pero los había ahuyentado el inglés lord Wellington y huyeron tan deprisa que apenas tuvieron tiempo de detenerse y saquearlo.

Después, en mayo de 1812, habían llegado los soldados españoles, la guarnición de Adrados, pero a los aldeanos no les había preocupado. Tan sólo eran cincuenta soldados con cuatro cañones, y una vez los instalaron en el viejo castillo y en la atalaya, situados al exterior del pueblo, pareció que para los soldados la guerra hubiera terminado. Iban a beber a la posada del pueblo, coqueteaban con las mujeres junto al arroyo, en cuyas piedras planas lavaban la ropa, y dos muchachas del pueblo se casaron con sendos artilleros en verano. Debido a una cierta confusión en el ejército español, la «guarnición» había recibido un convoy de pólvora destinado a Ciudad Rodrigo y los soldados alardeaban de que tenían más pólvora y menos cañones que cualquier otra artillería de Europa. Prepararon rudimentarios fuegos artificiales cuando las bodas y los aldeanos

admiraron aquellas explosiones que relampagueaban y retumbaban en el valle remoto. En otoño algunos soldados españoles desertaron, aburridos de defender un valle al que no llegaban soldados, deseosos de regresar a sus pueblos con sus mujeres.

Entonces llegaron los soldados ingleses. ¡Alabado sea ese día!

Adrados no era una plaza importante. Allí se daban, tal como decía el cura, las ovejas y los espinos, y el cura les decía a los aldeanos que eso era lo que hacía del pueblo un lugar santo, pues la vida de Cristo había empezado con la visita de los pastores y había terminado con una corona de espinas. Sin embargo, a los aldeanos no les hacía falta que el sacerdote les dijera que Adrados era un lugar sagrado, porque tan sólo una cosa atraía visitantes a Adrados, y ésta era la festividad del 8 de diciembre.

Años antes, nadie ni siquiera el cura sabía cuántos, en aquellos lejanos tiempos en que los cristianos luchaban contra los musulmanes en España, la Santa Madre se había aparecido en Adrados. Todos conocían la historia. Unos caballeros cristianos se iban replegando por el valle, acosados, y su jefe se detuvo a rezar junto a un canto rodado de granito que se cernía en el margen del desfiladero que descendía hacia el oeste, hacia Portugal. Y entonces sucedió. ¡Ella se apareció! Estaba sobre la piedra de granito, con su rostro pálido como el hielo, sus ojos como dos charcas de montaña, y le dijo al caballero que los musulmanes que los perseguían pronto se detendrían a rezar en dirección al este, hacia su hogar pagano, y que, si él ordenaba dar media vuelta a sus tropas y desenvainaban sus espadas abolladas, glorificarían la cruz.

Aquel día, cayeron dos mil cabezas musulmanas. ¡Más! Nadie supo cuántas habían sido y cada año, al explicarse de nuevo la historia, la cifra aumentaba. Cabezas de mu-

sulmanes esculpidas decoraban las arcadas del convento que se construyó en el paraje donde ella se había aparecido. En la capilla del convento, en el extremo superior de la escalera que lleva al altar, había un trocito de granito pulido: el lugar de la Pisada Santa.

Y cada año, el 8 de diciembre, el Día del Milagro, las mujeres se dirigían a Adrados. Era el día de las mujeres, no de los hombres. Los hombres se iban a la posada del pueblo una vez que habían cargado con la estatua de la Virgen, habían balanceado sus joyas bajo el palio dorado por los límites del pueblo y la habían devuelto al convento.

Doscientos años antes las monjas habían abandonado el convento atraídas por casas mejores en las llanuras e incapaces de competir con las ciudades donde la Santa Madre había sido más generosa con sus apariciones. Sin embargo, las construcciones aún estaban en buen estado. La capilla se había convertido en la iglesia del pueblo, el claustro superior era un almacén y el convento aún era, una vez al año, un lugar donde ocurrían milagros.

Las mujeres entraban en la capilla de rodillas. Rosario en mano, se arrastraban por las losas con dificultad, murmuraban rezos monocordes, y se dejaban llevar por sus rodillas hasta el extremo de la escalera. El sacerdote salmodiaba en latín. Las mujeres se agachaban y besaban la piedra de granito, oscura y lisa. En la piedra había un agujero y la leyenda decía que, si se besaba y se conseguía tocar el fondo con la punta de la lengua, el bebé sería un chico.

Las mujeres gritaban al besar la piedra; no de pena, sino como en éxtasis. A algunas había que ayudarlas a retirarse.

Algunas rezaban para librarse de una enfermedad. Venían con sus tumores, sus desfiguraciones, sus hijos tullidos. Otras acudían para pedir un hijo y al año siguiente

regresaban y le daban las gracias a la Santa Madre, pues ya compartían su secreto. Le rezaban a la Virgen Madre, ya que como ellas sabía, como no podía saber ningún hombre, que la mujer da a luz a sus hijos con dolor. Y a pesar de ello, todas ellas rezaban para ser madres y estiraban sus lenguas hasta el fondo del agujero. Rezaban bajo la gloria que, iluminada con velas, ofrecía la capilla del convento de Adrados, mientras el sacerdote amontonaba los presentes detrás del altar; la cosecha de cada año.

8 de diciembre de 1812. Llegaron los ingleses.

No eran los primeros visitantes. Desde el amanecer habían ido llegando mujeres al pueblo, mujeres que habían caminado veinte millas o más. Algunas provenían de Portugal, la mayoría de los pueblos que se ocultaban en las mismas colinas que Adrados. Luego llegaron dos oficiales ingleses en grandes caballos, y con ellos una joven. Las voces de los oficiales eran fuertes y roncadas. Ayudaron a la muchacha a descabalgarse al llegar ante el convento y luego se dirigieron hacia el pueblo, donde presentaron sus respetos al comandante de los españoles, que llevaba unas cuantas copas de más del áspero vino tinto de la región que servían en la posada. Los hombres que allí se encontraban estaban de buen humor. Sabían que muchas de las mujeres que estaban rezando pedían un hijo y ellos ayudarían a que se cumplieran las plegarias a la Santa Madre.

Otros soldados británicos venían del este, y eso era extraño, pues no debía haber soldados británicos en el este. Pero nadie se percató de ello. Nadie advirtió peligro alguno. Los británicos no habían estado nunca en Adrados, pero los aldeanos habían oído que esos soldados paganos eran respetuosos. Su general les había ordenado que se pusieran en posición de firmes cuando vieran que la Sagrada Hostia era llevada por las calles hasta el lecho de un moribundo, y que se descubrieran. Y eso estaba

bien. Sin embargo, estos soldados ingleses no eran como la guarnición española. Estos casacas rojas tenían un aspecto repugnante, vil, desarreglado, y sus rostros reflejaban crudeza y odio.

Un centenar de ellos esperaba en el extremo este del pueblo, sentados junto al lavadero que había en el camino, y fumaban en pipas cortas de barro. Otro centenar de hombres atravesó el pueblo dirigidos por un hombretón que iba a caballo y cuya casaca roja estaba profusamente adornada con oro. Un soldado español que se dirigía a la taberna saludó al coronel y se sorprendió cuando el oficial inglés le sonrió, se inclinó irónicamente y mostró una boca en la que apenas quedaban dientes.

Los españoles debieron de comentar algo en la taberna porque los dos oficiales británicos que iban con las casacas desabrochadas se fueron hasta la calzada y observaron a los últimos soldados de la fila que se dirigía hacia el convento. Uno de los oficiales frunció el ceño.

—¿Quién diablos es?

El soldado al que se había dirigido sonrió con burla.

—Smithers, señor.

El capitán echó una rápida mirada a la fila de soldados.

—¿Qué batallón?

—Tercero, señor.

—Tonto, ¿qué maldito regimiento, tonto?

—El coronel se lo dirá, señor. —Smithers se colocó en medio de la calle y con una mano hizo bocina—. ¡Coronel!

El hombretón hizo dar la vuelta al caballo, se detuvo y luego se apresuró hacia la taberna. Los dos capitanes se cuadraron y le saludaron. El coronel refrenó el caballo. Parecía que hubiera tenido ictericia, tal vez hubiera servido en las islas Fever, pues tenía la piel amarilla como el pergamino. La cara que se percibía bajo el sombrero bicornio con borla se crispó con un espasmo involuntario.

Sus ojos azules, sobrecogedoramente azules, resultaban hostiles.

–Abróchense las casacas.

Los capitanes se abrocharon las casacas y se colocaron bien los cinturones. Uno de ellos, joven y rechoncho, frunció el ceño disgustado porque el coronel les había gritado ante los soldados y éstos se reían.

El coronel dejó que su caballo se acercara un par de pasos a la pareja de capitanes.

–¿Qué hacen aquí?

–¿Aquí, señor? –dijo el más alto y delgado de los capitanes al tiempo que sonreía–. De visita, señor.

–Sólo de visita, ¿eh? –El rostro se le volvió a crispar. El coronel tenía un cuello extraño y muy largo que trataba de ocultar una corbata anudada por encima de la garganta–. ¿Sólo ustedes dos?

–Sí, señor.

–Y lady Farthingdale, señor –añadió el capitán rechoncho.

–Y lady Farthingdale, ¿eh? –El coronel imitó la voz pastosa del capitán y luego les gritó con repentina violencia–. ¡Son un maldito desastre, eso es lo que son! ¡Los odio! ¡Por los clavos de Cristo que los odio!

La calle quedó de repente en silencio bajo el sol del invierno. Los soldados, agolpados a ambos lados del caballo del coronel, sonrieron cínicamente a los dos capitanes.

El capitán más alto se limpió de la casaca roja el escupitajo que había salido despedido de la boca del coronel.

–Me veo obligado a protestar, señor.

–¡Protestar, tú, desgraciado! ¡Smithers!

–¿Coronel?

–¡Dispárale!

El capitán rechoncho sonrió burlonamente, como si fuera una broma, pero el otro levantó un brazo, retroce-

dió, y al igual que Smithers sonrió, apuntó y disparó su mosquete. El coronel hizo lo mismo, sacó una pistola y le disparó al capitán regordete en la cabeza. Los disparos resonaron en la calle, la humareda formó dos nubes que se elevaron por encima de los cuerpos caídos y el coronel se echó a reír antes de ponerse en pie sobre los estribos.

—¡Ahora, muchachos, ahora!

Primero desalojaron la taberna y para ello pasaron por encima de los cadáveres cuya sangre había salpicado el dintel de la puerta. Los mosquetes se oyeron chasquear en el edificio, las bayonetas perseguían a los hombres hasta los rincones más recónditos y los mataban, y el coronel hizo una señal con la mano para que el centenar de hombres que había estado esperando en el extremo este entrara en el pueblo. No era su intención que esto empezara con tal rapidez, hubiera preferido poder llevar primero a la mitad de sus hombres hasta el convento. Pero estos malditos capitanes le habían obligado y ahora el coronel les gritaba, los azuzaba; conducía a la mitad de sus fuerzas hacia el gran convento cuadrado y de blancos muros.

Las mujeres que se encontraban en el convento no oyeron los disparos que habían sonado a unas quinientas yardas al este. Estaban en el claustro superior esperando el momento de arrastrarse de rodillas por la capilla, y tuvieron la primera señal de que, finalmente, la guerra había llegado a Adrados con todo su horror cuando aparecieron por la puerta unos hombres vestidos con casacas rojas empuñando bayonetas. Entonces empezaron los gritos.

Algunos hombres desalojaban una a una las casas del pueblo, mientras otros más afluían atravesando el valle en dirección al castillo. Los soldados de la guarnición española habían estado bebiendo en el pueblo y muy pocos estaban en sus puestos. Supusieron que los uniformes

británicos eran los de sus aliados y que eso era lo que explicaba el griterío que se oía en el pueblo. Los españoles vieron que los casacas rojas pasaban por encima de los cascotes de la derruida muralla este del castillo y les hicieron algunas preguntas a gritos. Entonces los mosquetes dispararon, aparecieron las bayonetas y la guarnición murió en aquellas defensas medievales. Un teniente mató a dos casacas rojas. Luchó con destreza y furia, hizo que algunos invasores retrocedieran, se escapó saltando por encima de la muralla derruida y corrió entre los arbustos de espinos hacia la atalaya en la colina, al este. Creía que allí encontraría a un puñado de sus hombres, pero murió entre los espinos alcanzado por un tirador oculto. Aquel teniente español no llegó a saber nunca que los hombres que habían capturado la atalaya no iban vestidos con el color rojo de los británicos, sino con el azul de los franceses. Su cuerpo rodó bajo los espinos y acabó aplastando los huesos, viejos y quebradizos, de un cuervo que un zorro había dejado allí.

En la calle se oían gritos. Los hombres que intentaban proteger sus hogares morían, los niños chillaban al ver morir a sus padres, mientras sus casas eran forzadas y abiertas. Los disparos de los mosquetes salpicaban la brisa de blancas nubecillas.

Del este llegaron más hombres, vestían uniformes tan variados como batallones habían luchado por Portugal y España en los cuatro años de guerra en la península. Con ellos iban también mujeres, y eran éstas las que mataban a los niños en el pueblo, les disparaban, los acuchillaban, y sólo salvaban a los que podían trabajar. Las mujeres se peleaban en las cabañas, discutían para ver quién se quedaría con qué y a veces se persignaban al pasar ante un crucifijo clavado en los muros bajos de piedra. No tardaron mucho en destruir Adrados.

Los gritos eran incesantes en el convento. Los soldados ingleses iban a la caza por los claustros, la sala, las estancias vacías y la capilla abarrotada. El sacerdote había corrido hacia la puerta abriéndose paso a empujones entre las mujeres, y ahora se encontraba apresado y tembloroso, mientras los casacas rojas escogían su botín. Sacaron algunas mujeres del edificio a empujones. Eran las afortunadas, las que estaban demasiado enfermas o eran demasiado viejas. A otras las mataban con las largas bayonetas. En el interior de la capilla, los soldados sacudieron los ornamentos del altar, se abrieron paso entre las ofrendas que se amontonaban en el exiguo espacio que había detrás y abrieron de un golpe el armario que guardaba los vasos sagrados. Un soldado se ponía las galas blancas y doradas que el sacerdote reservaba para la Pascua. Luego deambuló por la iglesia bendiciendo a sus compañeros que echaban a las mujeres al suelo. En la capilla resonaban los sollozos, los gritos, las risas de los hombres y las rasgaduras en las ropas.

El coronel había ido a caballo hasta el claustro superior y, con una sonrisa burlona, esperaba y observaba a sus hombres. Había enviado a dos de ellos de su confianza al interior de la capilla y ahora aparecían sosteniendo a una mujer entre ambos. El coronel la miró, se relamió los labios y el rostro se le crispó con un espasmo.

Todo en ella denotaba riqueza, desde sus ropas hasta sus cabellos, una abundancia de dinero que la belleza realzaba. Tenía el cabello negro y espeso y le caía formando ondas a ambos lados del rostro generoso y provocativo. Lo miraba fieramente con sus ojos oscuros, y parecía que la boca le sonriera. Cubría sus ropas con una oscura capa rematada de lujuriosa piel plateada. El coronel sonrió.

—¿Es ella?

Smithers sonrió con burla.

–Es ella, señor.

–Bien, bien, bien. Lord Farthingdale es un cabrón con suerte, entonces. Quítele la maldita capa, vamos a echarle una mirada.

Smithers se acercó a la capucha ribeteada de piel que colgaba en la parte trasera de la capa, pero ella lo apartó, se desabrochó el cierre del cuello y se quitó lentamente la capa de los hombros. Su cuerpo era perfecto, en la flor de la juventud, pero había algo que inquietaba vivamente al coronel y era que no mostraba miedo alguno. El claustro apestaba a sangre fresca, en él resonaban los chillidos de las mujeres y los niños y, sin embargo, esa mujer hermosa y bella permanecía allí con rostro impávido. El coronel volvió a sonreír y dejó ver su boca desdentada.

–¿Así que está usted casada con ese tal lord Farthingdale?

–Sir Augustus Farthingdale –contestó ella delatando que no era inglesa.

–Oh, cielos. Ruego que me disculpe –dijo el coronel con una risotada como un cacareo–. Sir Augustus. General, ¿no es así?

–Coronel.

–¡Como yo! –Su rostro se crispó al echarse a reír–. Rico, supongo.

–Mucho –afirmó la dama.

El coronel desmontó con torpeza. Era alto, con un vientre enorme, y tremendamente feo. Su rostro se crispó al acercarse a la dama.

–¿No es usted inglesa?

Ella, sorprendentemente, todavía no parecía asustada. Se cubrió las ropas de montar con la capa e incluso le sonrió levemente.

–Portuguesa.

Los ojos azules la observaron de cerca.

—¿Cómo voy a saber que me está diciendo la maldita verdad? ¿Qué hace una portuguesa casada con sir Augustus Farthingdale, puede decírmelo?

Ella se encogió de hombros, se quitó un anillo que llevaba en la mano izquierda y se lo lanzó al coronel.

—Fíese de esto.

El anillo era de oro. En la cara biselada había un escudo de armas cuartelado y el coronel sonrió al mirarlo.

—¿Cuánto lleva casada, milady?

Esta vez la dama sonrió ampliamente y los soldados que la observaban también sonrieron mostrando su deseo. Era el botín del coronel, pero éste podía ser generoso. Ella se retiró el cabello negro de la piel olivácea.

—Seis meses, coronel.

—Seis meses. Y todavía está radiante, ¿eh? —Soltó en un cacareo—. ¿Cuánto pagaría sir Augustus para que volviera usted a calentarle la cama?

—Mucho —contestó la dama bajando la voz para darle a la palabra un matiz de promesa.

El coronel se echó a reír. A las mujeres hermosas no les gustaba, así que a él tampoco le gustaban ellas. Esa zorra rica tenía carácter, pero él podía destrozarla. Miró a sus hombres, que observaban a la dama, y sonrió burlonamente. Lanzó el anillo de oro al aire y lo cogió.

—¿Qué hacía usted aquí, milady?

—Rezaba por mi madre. Está enferma.

—¿Quiere usted a su madre? —preguntó él con interés.

—Sí —asintió ella sorprendida.

El coronel dio un taconazo, se volvió hacia sus hombres y los señaló con un dedo que parecía una espada.

—¡Nadie! —soltó con un chillido—. ¡Nadie la va a tocar! ¡Me oís! Nadie.

Se le estremeció la cabeza, y él esperó a que se le pasara el espasmo.

–¡Al cabrón que la toque, lo mato! ¡Lo mato!

Se volvió hacia la dama y se inclinó torpemente.

–Lady Farthingdale, tendrá que soportarnos. –Miró hacia el claustro y vio al sacerdote atado a una columna–. Enviaremos al vicario con una carta y el anillo. Su marido deberá pagar para liberarla, milady, pero nadie, yo se lo prometo, nadie la tocará.

Volvió a mirar a sus hombres, chilló, y un escupitajo salió despedido bajo el sol.

–¡Nadie la va a tocar!

Cambió de humor de repente. Echó una mirada por el claustro a las mujeres que yacían, ensangrentadas y abatidas sobre las baldosas enrojecidas, y a otras mujeres que esperaban, temerosas y aterrorizadas, cercadas por las bayonetas, y sonrió con cinismo.

–Suficiente para todos, ¿verdad?

Soltó un cacareo y se volvió; su fina espada rozó el suelo. Vio a una joven, flaca, apenas salida de la niñez, e indicó con el dedo.

–¡Aquella es para mí! ¡Tráiganmela aquí! –Se reía, con las manos en las caderas, dominando el claustro, y sonrió con cinismo a los hombres que había en el convento–. Bienvenidos a vuestro nuevo hogar, muchachos.

El Día del Milagro había llegado de nuevo a Adrados y los perros del pueblo olfateaban la sangre que se secaba en la única calle.

CAPÍTULO 1

Richard Sharpe, capitán del único batallón de la Compañía Ligera del Regimiento South Essex, se hallaba de pie frente a la ventana y tenía la mirada fija en la procesión que pasaba por la calle. Fuera hacía frío, lo sabía bien. Venía de Castelo Branco y acababa de llegar al norte con su reducida compañía cumpliendo las órdenes de un misterioso llamamiento procedente del cuartel general del ejército, a propósito del cual todavía no había recibido explicación alguna. No es que el cuartel general acostumbrara a dar explicaciones a los simples capitanes, pero Sharpe estaba disgustado porque llevaba dos días en Frenada y seguía sin entender aquellas órdenes apremiantes. El general, el vizconde Wellington de Talavera, ¡no, por Dios! Ahora era marqués de Wellington, grande de España, duque de Ciudad Rodrigo, generalísimo de todos los ejércitos españoles, «Entrometido» para sus soldados, «el Par» para sus oficiales, y el hombre, suponía Sharpe, que le había requerido en Frenada, no estaba allí. Estaba en Cádiz, o en Lisboa, o Dios sabía dónde, y el ejército británico se hacinaba en los cuarteles de invierno mientras que Sharpe y su compañía andaban por esos fríos caminos en aquel mes de diciembre. El comandante Michael Hogan, amigo de Sharpe y el hombre que dirigía el Departamento de Inteligencia de Wellington, se había marchado hacia el sur con el general y Sharpe le echaba de menos. Hogan no le hubiera mantenido en vilo.

Al menos Sharpe no pasaba frío. Acababa de darle otra vez su nombre al oficinista de la planta baja y después había dicho, con un gruñido, que esperaría arriba en el comedor del cuartel donde había una chimenea. Se suponía que no podía utilizar esa estancia, pero poca gente quería discutir con aquel fusilero alto, de cabello oscuro y con la cara marcada con una cicatriz que, cuando estaba serio, le daba un aire ligeramente burlón.

Observó la calle. Un sacerdote la rociaba con agua bendita. Sus acólitos tocaban unas campanas y balanceaban unos incensarios en los que ardía el incienso. Detrás de la figura de la Virgen María en andas, se alzaban banderas. Unas mujeres se arrodillaron junto a los edificios y alzaron las manos hacia la imagen. Un tenue rayo de sol iluminó las calles, un sol de invierno, y los ojos de Sharpe escrutaron de forma automática el cielo en busca de nubes. No había ni una.

El comedor estaba vacío. Con Wellington fuera, parecía que la mayoría de los oficiales pasaban las mañanas en la cama o sentados en el mesón de al lado, cuyo propietario había sido instruido en preparar auténticos desayunos: chuletas de cerdo, huevos fritos, riñones fritos, tocino, tostadas, vino tinto, más tostadas, mantequilla, y un té tan fuerte que podía utilizarse para limpiar el cañón sucio de un obús. Algunos oficiales ya se habían ido a pasar la Navidad a Lisboa. «Si atacaran ahora los franceses –pensó Sharpe–, sería como un paseo por Portugal hasta llegar al mar».

La puerta se abrió de golpe y entró un hombre de mediana edad que llevaba puesta una bata enorme sobre los pantalones del uniforme. Frunció el ceño mirando al fusilero.

–¿Sharpe?

–Sí, señor. –El tono de «señor» era el adecuado. El hombre tenía un aire autoritario a pesar del evidente resfriado.

–General de división Nairn.

El general de división dejó caer unos papeles sobre una mesa baja, junto a unos ejemplares atrasados del Times y el Courier de Londres, después atravesó la habitación hacia la otra ventana. Frunció el ceño mirando hacia la calle.

–¡Malditos papistas!

–Sí, señor. –Otra respuesta adecuada.

–¡Malditos papistas! ¡Los Nairn, Sharpe, somos todos presbiterianos escoceses! Puede que seamos aburridos, pero ¡bien sabe Dios que somos piadosos! –Sonrió y luego estornudó con fuerza antes de sonarse vigorosamente con un enorme pañuelo gris. Saludó la procesión con el pañuelo–. Otro maldito día festivo, Sharpe, no entiendo por qué están todos tan condenadamente delgados. –Se echó a reír y lanzó una mirada astuta al fusilero–. ¿Así que usted es Sharpe?

–Sí, señor.

–Bueno, no se me acerque, tengo un resfriado de mil demonios –dijo arrimándose al fuego–. He oído hablar de usted, Sharpe. ¡Realmente impresionante! ¿Es usted escocés?

–No, señor –respondió Sharpe sonriendo.

–No es culpa suya, Sharpe, no es culpa suya. No podemos hacer nada contra nuestros condenados padres, así que tenemos que destrozar a nuestros hijos –dijo, y le lanzó una mirada rápida a Sharpe para asegurarse de que le estaba prestando atención–. Usted ha ascendido desde la tropa, ¿verdad?

–Sí, señor.

–¡Lo ha hecho muy bien, Sharpe, condenadamente bien!

–Gracias, señor. –Era increíble lo fácil que resultaba, con tan pocas palabras, entenderse con los oficiales de cierta graduación.

El general de división Nairn se inclinó y avivó el fuego removiendo los leños con el atizador.

–Supongo que se pregunta por qué está aquí, ¿cierto?

–Sí, señor.

–Está aquí porque ésta es la habitación más caliente de Frenada y, obviamente, usted no es tonto. –Nairn se echó a reír, dejó el atizador y hurgó en su nariz con el pañuelo–. Frenada es en verdad horrible.

–Sí, señor.

Nairn miró acusador a Sharpe.

–¿Sabe por qué el general eligió Frenada como cuartel general de invierno?

–No, señor.

–Algunos le dirán –y en este punto el general hizo una pausa para dejarse caer en un amplio sillón con un suspiro de satisfacción– que fue elegida por su proximidad a la frontera española. –Apuntó a Sharpe con un dedo–. En parte es verdad, pero no del todo. Otros le dirán que el general eligió esta ciudad desconocida porque está a muchas millas de Lisboa y ningún arribista o lameculos llorón se molestará en hacer el viaje hasta aquí para fastidiarle. Es posible que haya en esto un ápice de verdad, pero el general pasa la mitad del tiempo en aquella ciudad, así que facilita enormemente la vida a los cabrones aduladores. No, Sharpe, el motivo tiene que ser otro.

–Sí, señor.

Nairn emitió un quejido mientras se estiraba.

–La verdadera razón, Sharpe, la razón inmaculadamente concebida, el maldito motivo por el que se eligió esta maldita casucha en una ciudad paralizada es que está justo en el centro de la mejor zona de caza de zorros de todo Portugal.

–Sí, señor –respondió Sharpe con una sonrisa burlesca.

—Y al general, Sharpe, le gusta la caza del zorro. Por eso los demás estamos destinados a los eternos tormentos de este maldito lugar. ¡Siéntese, hombre!

—Sí, señor.

—Y pare de decir «sí, señor», «no, señor» como un lameculos.

—Sí, señor.

Sharpe se sentó en una silla frente al general de división Nairn. Las cejas del escocés eran enormes y grises y parecía que crecían con la intención de juntarse con su mata de pelo gris. Su cara reflejaba bondad y fortaleza, astucia y sentido del humor, y lo único que la estropeaba es que estaba enrojecida a causa del resfriado. Nairn le devolvió la mirada a Sharpe y lo repasó de arriba abajo, de las botas francesas de caballería al pelo negro del fusilero, y luego se volvió.

—¡Chatsworth! ¡Canalla! ¡Bribón! ¡Chatsworth! ¡Granuja! ¿Me oye, granuja?

Un ordenanza apareció y le sonrió alegremente al general.

—¿Señor?

—¡Té, Chatsworth, té! ¡Tráigame un té bien cargado! Algo que reavive mi pasión militar. Y si es tan amable, intente traerlo antes de Año Nuevo.

—Ya lo estoy preparando, señor. ¿Quiere algo para comer, señor?

—¿Para comer, Chatsworth? Estoy resfriado. ¡Estoy al borde de la muerte y usted me habla de comida! ¿Qué hay?

—Tengo un poco de jamón, señor, del que le gusta. Mostaza. ¿Quiere pan y mantequilla fresca? —Chatsworth se mostraba solícito, era evidente que Nairn le agradaba.

—¡Ah, jamón! Tráiganos jamón, Chatsworth, jamón y mostaza con pan y mantequilla. Por cierto, ¿ha robado usted de aquí el tenedor de hacer tostadas en la chimenea, Chatsworth?

–No, señor.

–Entonces, ¡vaya a descubrir cuál de sus camaradas ladrones se lo ha llevado, haga que le azoten y tráigame el tenedor!

–Sí, señor –respondió Chatsworth sonriendo mientras abandonaba la habitación.

Nairn sonrió a Sharpe.

–Soy un viejo inofensivo, Sharpe, y me han dejado al mando de esta maldita casa de locos mientras el general recorre esta maldita península. Se supone, Dios me ayude, que debo dirigir el cuartel. ¡Yo! ¡Sharpe, si yo tuviera tiempo, supongo que podría conducir a las tropas en una campaña de invierno! ¡Podría hacer que mi nombre quedara inscrito en la gloria, pero, diablos, no tengo tiempo! ¡Mire esto! –Cogió uno de los papeles del montón que tenía a su lado–. Una carta, Sharpe, del capellán general. ¡Nada menos que el capellán general! ¿Sabe usted? ¡Tiene un sueldo de quinientas sesenta y cinco libras al año y, además, es consejero en la creación de puestos de señales y por ese trabajo disparatado recibe otras seiscientas libras! ¿No es increíble? ¿Y en qué emplea su tiempo, tan bien remunerado, en el ejército de su majestad este vicario de Dios? En escribirme para decirme –Nairn sostenía la carta delante de su cara–: «Le pido que haga un informe sobre el metodismo en el ejército». ¡Por Dios todopoderoso, Sharpe! ¿Qué tiene que hacer uno con una carta como ésta?

Sharpe sonrió.

–No sé, señor.

–Yo sí lo sé, Sharpe, yo sí. Por eso soy general de división. –Nairn se inclinó hacia delante y arrojó la carta al fuego–. Esto es lo que se hace con cartas como ésta –dijo, y después rio alegremente en tono burlón mientras el papel se prendía y resplandecía al quemarse–. Quiere saber por qué está aquí, ¿no es así?

–Sí, señor.

–Está aquí, Sharpe, porque el príncipe de Gales se ha vuelto loco. Igual que su padre, pobre hombre, un loco de atar. –Nairn se reclinó y asintió triunfal. La carta desapareció convertida en un hilo negro de humo mientras Nairn esperaba la reacción de Sharpe—. ¡Dios santo, Sharpe, se supone que tiene que decir algo! Con un Dios salve al príncipe de Gales daría en el clavo, y usted se queda ahí como si lo que le he dicho no tuviera importancia! Debe de ser porque es usted un héroe, supongo, debe guardar siempre la compostura. No es tarea fácil ser un héroe, ¿verdad?

–No, señor –respondió Sharpe con una gran sonrisa.

Se abrió la puerta y se asomó Chatsworth con una pesada bandeja de madera y la dejó en el suelo frente a la chimenea.

–Pan y jamón, señor; en el tarro pequeño tiene mostaza. El té está bien cargado, señor, y lamento comunicarle que el tenedor para las tostadas estaba en su habitación, señor. Aquí lo tiene, señor.

–Es usted un pícaro y un sinvergüenza, Chatsworth. Después de esto me acusará de haber quemado la correspondencia del capellán general.

–Sí, señor –respondió Chatsworth, y se echó a reír con satisfacción.

–¿Es usted metodista, Chatsworth?

–No, señor. No sé exactamente qué es ser metodista, señor.

–Realmente afortunado –respondió Nairn, mientras clavaba una rebanada de pan en el tenedor.

Un teniente apareció entonces por la puerta abierta situada detrás del general y llamó vacilante para llamar su atención.

–General Nairn, ¿señor?

–¡El general de división Nairn está en Madrid negociando la rendición con los franceses! –le respondió Nairn, y se envolvió la mano en el pañuelo gris para protegerse del calor y acercó el pan a los leños.

El teniente no sonrió. Se quedó en la puerta.

–Saludos del coronel Greave, señor, quiere saber qué debe hacer con los soportes de hierro de los pontones.

Nairn recorrió con la mirada el techo amarillo y preguntó:

–¿Quién está a cargo de los pontones, teniente?

–Los ingenieros, señor.

–¿Y quién, dígame, está al mando de nuestros valientes ingenieros?

–El coronel Fletcher, señor.

–Entonces, ¿qué le va a decir usted al coronel Greave?

–Ya veo, señor. Sí, señor. –El teniente respondió tras hacer una pausa–. Que se lo pregunte al coronel Fletcher, señor.

–Usted va a llegar a general, teniente. Ya puede irse, y si la jefa de las lavanderas quiere verme, dígame que estoy casado y que no puedo acceder a sus proposiciones deshonestas.

El teniente se marchó y Nairn miró enfurecido al ordenanza.

–¡Deje ya de sonreír, soldado Chatsworth, el príncipe de Gales se ha vuelto loco y lo único que hace usted es reír como un tonto!

–Sí, señor. ¿Es todo, señor?

–Sí, Chatsworth, gracias. Ahora váyase y no haga ruido al cerrar la puerta.

Nairn esperó a que cerrara la puerta. Le dio la vuelta al pan que tenía en el tenedor y espetó.

–Usted no está loco, ¿verdad, Sharpe?

–No, señor.

–¡Gracias a Dios! Es posible que el príncipe de Gales tenga la misma vena de locura que su padre. Está interfiriendo en el ejército y el general está realmente preocupado. –Hizo una pausa y acercó demasiado el pan a las llamas. Sharpe no dijo nada, pero supo que la preocupación del general y la injerencia del príncipe de Gales tenían algo que ver con la repentina orden que había recibido de ir hacia el norte. Nairn le lanzó una mirada envuelta en sus pobladas cejas–. ¿Ha oído hablar de Congreve?

–¿El hombre del cohete?

–El mismo. Sir William Congreve, protegido del príncipe y artífice de un sistema de artillería de cohetes. –El pan humeaba y Nairn lo apartó del fuego–. En un momento en el que necesitamos caballería, artillería e infantería, ¿qué nos mandan, Sharpe? ¡Cohetes! Un escuadrón de caballería de cohetes. Y todo porque el príncipe, en un arrebato de locura como los de su padre, cree que ganarán la guerra. Tenga. –Le ofreció el tenedor a Sharpe. Luego untó su tostada quemada con mantequilla–. ¿Quiere té?

–Lo siento, señor –dijo Sharpe, que debía haber servido el té. Llenó las dos tazas mientras Nairn acompañaba su tostada con un generoso trozo de jamón bañado en abundante mostaza.

Nairn dio un sorbo al té y suspiró.

–Con el té que hace, Chatsworth se tiene el cielo ganado. Un día hará muy feliz a alguna mujer –dijo mientras observaba a Sharpe tostando su rebanada de pan–. Cohetes, Sharpe. Tenemos en la ciudad un escuadrón de caballería de cohetes y la Guardia Real nos ordena que les hagamos una prueba concienzuda. –Sonrió–. ¿No le gusta más tostada?

–No, señor. –A Sharpe le gustaban las tostadas blancas. Le dio la vuelta–. A mí me gustan quemadas. –Hizo una pausa y le dio un buen mordisco al jamón–. Lo que

tenemos que hacer, Sharpe, es probar esos malditos cohetes y, cuando veamos que no funcionan, devolverlos a Inglaterra y quedarnos con todos sus caballos, a los que daremos buen uso. ¿No le parece?

–Sí, señor.

–¡Perfecto, porque es usted quien debe hacerlo! Usted se encargará del capitán Gilliland y de sus artefactos infernales y lo pondrá a prueba como si estuviera en una batalla. Eso es lo que dicen sus órdenes. Lo que digo yo, y también diría el general, si estuviese aquí, es que debe someterlo a una prueba tan dura que regrese corriendo a Inglaterra con algo de sentido común en la cabeza.

–¿Quiere que los cohetes fracasen, señor? –preguntó Sharpe mientras untaba su tostada con mantequilla.

–No quiero que fracasen, Sharpe. Me encantaría que funcionaran, pero no funcionan. Tuvimos unos cuantos hace un par de años y son tan caprichosos como una perra en celo. Pero el príncipe cree que lo sabe todo. Usted deberá ponerlos a prueba y también deberá ejercitar al capitán Gilliland en las maniobras bélicas. Hablando claro, Sharpe, debe enseñarle a cooperar con la infantería en los terrenos que la infantería, si él llega alguna vez a entrar en batalla, tendría que proteger a las tropas del orgulloso tirano. –Nairn devoró otro bocado de jamón–. Personalmente –dijo bajando el tono de voz–, me encantaría que Bonaparte le aplastara, a él y a sus malditos cohetes, pero debemos mostrar buena disposición.

–Sí, señor –respondió Sharpe antes de tomar un sorbo de té.

Había algo extraño en todo aquello, algo que no le habían dicho. Sharpe había oído hablar del sistema de cohetes de Congreve. De hecho, desde hacía un lustro en el ejército corrían rumores de que existía una nueva artillería secreta. Sin embargo, ¿por qué elegían a Sharpe para

probarla? Él era capitán y Nairn había dicho que debería dar órdenes a otro capitán. Aquello no tenía sentido.

Nairn tostaba otra rebanada de pan.

–Se pregunta por qué ha sido elegido, ¿verdad? Por qué le hemos elegido entre todos los oficiales y caballeros, ¿no?

–Cierto, señor. Me lo estaba preguntando.

–Pues porque usted resulta molesto, Sharpe. Porque usted no encaja en el esquema tan ordenado del general.

Sharpe mordió la tostada con jamón para evitar responder. Nairn parecía haberse olvidado del tenedor de las tostadas que tenía en la chimenea y cogió una hoja de papel de la mesa.

–Se lo he dicho, Sharpe, el príncipe se ha vuelto loco. No sólo nos ha impuesto al horrible Gilliland con sus horribles cohetes Congreve, sino que también nos ha impuesto esta orden. –«Esta orden» era la hoja de papel que Nairn sostenía entre los dedos como si fuera algo contagioso–. ¡Espantoso! Supongo que es mejor que la lea usted mismo, aunque sólo Dios sabe por qué no la echo al fuego igual que la maldita carta del capellán. Tenga –dijo mientras le tendía la hoja a Sharpe. Después, volvió a concentrarse en su tostada.

El papel era grueso y suave. Destacaba un gran sello rojo estampado en el amplio margen izquierdo. Sharpe la encaró hacia las ventanas para poder leerla. Las dos primeras líneas estaban impresas con letra grabada en cobre: «Jorge III, por la gracia de Dios y del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, rey y defensor de la fe». Las siguientes palabras estaban escritas a mano en papel rayado. «Fiel y muy estimado Sr. D. Richard Sharpe». La carta continuaba. «Saludo: por la presente, le elegimos y nombramos para ser..»..

Sharpe levantó la vista y miró a Nairn.

El general de división refunfuñaba mientras recogía la mantequilla que se le había caído en el plato.

–Es una pérdida de tiempo, Sharpe. ¡Tírela al fuego! ¡Está loco!

Sharpe sonrió tratando de controlar la emoción que crecía en él, emoción y pura incredulidad, casi no se atrevía a leer las siguientes palabras:

«Comandante de nuestro Ejército en Portugal y España».

¡Dios santo! ¡Dios todopoderoso! El papel le temblaba entre las manos. Se reclinó un instante, tocó con la cabeza el respaldo de la silla. ¡Comandante! Llevaba diecinueve años en el ejército. Se había alistado unos días antes de su decimosexto cumpleaños y había partido a la India entre sus filas, con el mosquete y la bayoneta en las manos, y ahora era comandante. ¡Dios mío! Había luchado tanto para ascender a capitán, pensaba que nunca lo conseguiría y ahora, de repente, de forma inesperada, sin motivo alguno, esto: ¡comandante Richard Sharpe!

Nairn le sonrió.

–Sólo es un ascenso temporal, Sharpe.

Comandante honorario, entonces, pero comandante al fin y al cabo. El verdadero rango era el de regimiento, y si el nombramiento decía «un comandante de nuestro regimiento South Essex», indicaba que era un rango de regimiento. El rango temporal implicaba que sería comandante mientras sirviera fuera de su propio regimiento, con sueldo de comandante. Sin embargo, si tuviera que retirarse en ese momento, para establecer su paga se tendría en cuenta el rango de regimiento y no el nuevo ascenso a comandante. Pero ¿a quién le importaba? ¡Era comandante!

Nairn observó aquel rostro duro y moreno. Sabía que tenía delante a una persona extraordinaria, alguien que había ascendido muy alto, muy rápido, y Nairn se preguntó

qué impulsaba a un hombre como Sharpe. Sentado junto al fuego con el nombramiento en las manos parecía un hombre tranquilo, moderado, y sin embargo, Nairn conocía la historia de este soldado. Había muy poca gente en el ejército que no hubiera oído hablar de Sharpe. El general decía que era el mejor jefe de compañía ligera del ejército y, quizá por eso, pensaba Nairn, Wellington se había enfurecido con la intromisión del príncipe de Gales. Sharpe era un buen capitán, pero ¿sería un buen comandante? Nairn no conocía la respuesta. Sharpe, el hombre que se empeñaba en llevar el uniforme verde de los fusileros del batallón 95, no había defraudado hasta entonces al ejército, y el ascenso a comandante no conseguiría apaciguar la ferocidad de su capacidad de lucha.

Sharpe leyó el nombramiento hasta el final. Daría órdenes a oficiales y soldados, observaría y cumpliría esas órdenes como se las dieran a él. ¡Dios! ¡Comandante!

«Redactada en Nuestra Corte en Carlton House el catorce de diciembre de 1819 en el quincuagésimo tercer año de Nuestro reinado». Las palabras «Por Orden de su majestad» habían sido tachadas y en su lugar el nombramiento rezaba: «Por orden de su alteza real el príncipe regente, en nombre de su majestad».

Nairn le sonrió.

—El príncipe oyó hablar de Badajoz, después de García Hernández, e insistió. Va contra el reglamento, claro está, totalmente en contra el reglamento. No es él quien tiene que ascenderle. ¡Tírela al fuego!

—¿Se lo tomaría muy mal si le desobedeciera, señor?

—¡Enhorabuena, Sharpe! Está empezando con buen pie. —Pronunció las últimas palabras rápidamente porque le venía un estornudo y cogió el pañuelo, se tapó la boca con él y estornudó con estruendo. Meneó la cabeza, estornudó y volvió a sonreír—. ¡Mi más sincera enhorabuena!

–Gracias, señor.

–No me lo agradezca a mí, comandante. Agradézcenoslo a todos asegurándose de que los cohetes del pequeño Gilliland se van al garete. ¿Sabe que le han dado al muy cretino ciento cincuenta caballos para sus juguetes? ¡Ciento cincuenta! Necesitamos esos caballos Sharpe, pero no podremos tocarlos mientras el príncipe crea que con ellos vamos a derrotar a Bonaparte. ¡Demuéstrele que no funcionan, Sharpe! A usted le escuchará.

Sharpe sonrió.

–¿Por eso me han elegido a mí?

–¡Exacto! Usted no es tonto. Claro que lo hemos elegido por eso, y también como castigo, claro.

–¿Como castigo?

–Sí, por ser ascendido antes de tiempo. Si hubiera tenido la gentileza de esperar a que muriera uno de los comandantes de su regimiento South Essex, habría conseguido el rango de regimiento. Ya llegará, Sharpe, ya llegará. Por poco que 1813 se parezca a este año, todos habremos ascendido a mariscal de campo para Navidad –dijo mientras se ajustaba la bata para cubrirse el pecho–. Eso si llegamos hasta la próxima Navidad, cosa que dudo. –Se levantó–. ¡Puede marcharse, Sharpe! Encontrará a Gilliland jugando con sus fuegos artificiales en la carretera de Guarda. Ésas son sus órdenes. Sabe que usted va a ir, pobre cordero. ¡Envíeselo de nuevo al príncipe, Sharpe, pero quédese los malditos caballos!

–Sí, señor –dijo Sharpe levantándose.

Cogió las órdenes que le tendía y de nuevo sintió emoción. ¡Era comandante!

De pronto sonaron las campanas de la iglesia, turbaron el aire en calma y asustaron a los pajarillos, que emprendieron el vuelo presurosos. Nairn se sobrecogió al oír las y cruzó la habitación hasta la ventana.

–¡Deshágase de Gilliland, así podremos tener todas unas Navidades tranquilas! –dijo frotándose las manos–. Gracias a Dios, aparte de esas malditas campanas, comandante, nada perturba al ejército de su majestad en Portugal y España.

–Sí, señor. Gracias, señor. –¡Dios, qué bien le sonaba ese «comandante»!

Las campanas seguían repicando anunciando el día festivo y, mientras tanto, cincuenta millas al noreste, los primeros soldados ingleses con las casacas rojas desaliñadas entraban en el pueblecito de Adrados.